

Presentación de *Juan Rulfo: otras miradas*  
Víctor Jiménez, Julio Moguel, Jorge Zepeda (coordinadores)

Por José Luis Bobadilla

12 de mayo de 2010  
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM  
México, D.F.

No quisiera aburrirlos con un largo texto sobre el libro que ahora presentamos. No soy por lo demás un crítico, ni un especialista, tampoco un investigador, y mucho menos un académico. Si acaso tengo alguna experiencia dentro del ámbito de la literatura es como lector de libros de poesía, de narrativa, de ensayo. Es desde esta experiencia empírica que quisiera invitarlos a leer *Juan Rulfo: otras miradas*.

Creo que la mayor virtud de un libro, de cualquiera, pero sobre todo de uno como éste, es la de generar un espacio estimulante para entender y discutir una obra hecha de palabras. Lo digo de este modo —obra hecha de palabras— para acentuar lo que Rulfo extraordinariamente consiguió: modificar y ampliar nuestro conocimiento del mundo y la realidad mediante la potencialización de nuestras percepciones por la vía de los recursos expresivos de la palabra, de sus significados y de sus cualidades materiales, de la invención de una sintaxis cercana a los registros del habla de nuestro entorno más inmediato, de los sugerentes despliegues de los sonidos en las sílabas y en cada una de las frases de *El Llano en llamas* y de *Pedro Páramo*. Porque cuando Rulfo escribe, por ejemplo:

Luego un cuarto a oscuras. Una mujer roncando a mi lado. Noté que su respiración era dispareja como si estuviera entre sueños, más bien como si no durmiera y sólo imitara los ruidos que produce el sueño. La cama era de otate cubierta con costales que olían a orines, como si nunca los hubieran oreado al sol; y la almohada era una jerga que envolvía pochote o una lana tan dura o tan sudada que se había endurecido como leño.

lo que se deduce, entre otras muestras, es que gracias a que cada una de sus frases está construida concienzudamente nuestros sentidos afilan sus particularidades. Lo que se ve, toca y huele, se entremezcla en el sonido de las palabras generando una cascada de relaciones que nos permiten reconocer lo conocido tanto como nos dan la oportunidad de conocer lo desconocido. Díganse en voz alta: *La cama era de otate cubierta de costales que olían a orines, como si nunca los hubieran oreado al sol...* Vean como el sonido consonante de la "c" distribuido a lo largo de la oración hace crujir la cama. Le da vida y voz a un objeto, y ese objeto resuena en nuestro inconsciente reconociéndose y trayéndonos alguna experiencia anterior, o agregándose para expandir nuestras emociones futuras, o simplemente haciéndonos sentir el placer del sonido de las palabras en el presente. Rulfo consiguió hacer música sin dejar de narrar, es decir, uno de los logros más altos de la literatura de cualquier lengua y momento.

Sobre Rulfo y su trabajo se ha escrito mucho, no todo a la altura ni a favor de esta obra prodigiosa. Se ha especulado enormemente sobre su silencio; sin embargo, no he podido leer en ningún lado que éste se entienda como parte de una decisión de carácter personal. Rulfo fue tan parco en declaraciones como lo es su obra en cuanto a la extensión. Sus alcances, de cualquier

modo, son vastos. Por lo demás, las hipótesis sobran. Existen dos libros impecables, articulados con los mejores recursos literarios de su tiempo y dotados también de eso que no puedo llamar sino el soplo de lo intemporal. Las traducciones de estos libros magistrales siguen apareciendo e incluso se proyectan nuevas versiones. Como ejemplo puede mencionarse que hace tan sólo unas semanas en *Laberinto*, el suplemento cultural del periódico Milenio, se publicó una breve entrevista con la traductora Dagmar Ploetz sobre una última versión al alemán aparecida en el 2008. En esta entrevista Ploetz afirmaba que Rulfo era un clásico difícil de leer, lo que sin duda comparto. *Pedro Páramo* y *El llano en llamas* no son literatura para adolescentes, poseen muchos niveles de lectura pero cada lectura implica un esfuerzo y una participación activa por parte del lector que no siempre se tiene cuando uno es muy joven. El hecho de que desde décadas pasadas los programas de estudio obligaran la lectura de Rulfo en la escuela secundaria sospecho que ha resultado contraproducente para muchos, pues antes que acercarlos a una grata experiencia los ha inducido al rechazo. Debido a lo anterior, la aparición de *Juan Rulfo: otras miradas* ayuda a comprender y esclarecer muchos de los problemas implicados en la recepción de la obra del autor jalisciense.

El libro, dividido en tres partes, recopila y apunta una gran variedad de perspectivas que modifican muchas de las ideas, a veces mezquinas, en las que esta obra se ha visto envuelta en su entorno más inmediato. El recomendable prólogo inicial de Jorge Zepeda lo pone en evidencia con objetividad y de modo rotundo al contrastar algunas declaraciones de críticos y escritores locales como Carlos Monsiváis o Christopher Domínguez en relación con los comentarios de autores de otras latitudes como Jorge Luis Borges o Susan Sontag, y muestra cómo el ninguneo en México con respecto a Rulfo no es una ilusión o un deseo de atención. La primera parte de *Juan Rulfo: otras miradas* contiene artículos y comentarios diversos de escritores extranjeros que reconocen sin prejuicios la obra rulfiana, destacando sus logradas cualidades expresivas. La nómina es grande e importante, y para mí, actualiza las reflexiones sobre el valor presente de *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*. Disfruté en esta sección sobre todo lo de Borges y Susan Sontag, pero no son de menor interés los comentarios de Urs Widmer, Gao Xingjian y Tahar Ben Jelloun. Cuando Borges vino a México pidió conocer a Rulfo, la transcripción breve del encuentro no tiene desperdicio y destaca la especial personalidad de cada uno de estos dos escritores. Permítanme leerlo, es apenas la mitad de una página:

RULFO: Maestro, soy yo, Rulfo. Que bueno que ya llegó. Usted sabe como lo estimamos y lo admiramos.

BORGES: Finalmente, Rulfo. Ya no puedo ver a un país, pero lo puedo escuchar. Y escucho tanta amabilidad. Ya había olvidado la verdadera dimensión de esta gran costumbre. Pero no me llame Borges y menos “maestro”, dígame Jorge Luis.

RULFO: Qué amable. Usted dígame entonces Juan.

BORGES: Le voy a ser sincero. Me gusta más Juan que Jorge Luis, con sus cuatro letras tan breves y tan definitivas. La brevedad ha sido siempre una de mis predilecciones.

RULFO: No, eso sí que no. Juan, cualquiera, pero Jorge Luis, sólo Borges.

BORGES: Usted tan atento como siempre. Dígame, ¿cómo ha estado últimamente?

RULFO: ¿Yo? Pues muriéndome, muriéndome por ahí.

BORGES: Entonces no le ha ido tan mal.

RULFO: ¿Cómo así?

BORGES: Imagínese, don Juan, lo desdichados que seríamos si fuéramos inmortales.

RULFO: Sí, verdad. Después anda uno por ahí muerto haciendo como si estuviera uno vivo.

BORGES: Le voy a confiar un secreto. Mi abuelo, el general, decía que no se llamaba Borges, que su nombre verdadero era otro, secreto. Sospecho que se llamaba Pedro Páramo. Yo entonces soy una reedición de lo que usted escribió sobre los de Comala.

RULFO: Así ya me puedo morir en serio.

La segunda parte del libro se dedica a las traducciones de la obra de Rulfo. Hay valiosas entrevistas y comentarios de algunos de sus traductores, como es el caso de Mariana Frenk, a quien yo conocía como la primera en llevar la obra del escritor mexicano a otra lengua hasta esta edición de *Juan Rulfo: otras miradas*. En un minucioso trabajo de Jorge Zepeda se aclara que fue Irene Nicholson, becaria del Centro Mexicano de Escritores, quien realizó en realidad esta empresa en 1954-1955, apenas entregada al Centro Mexicano de Escritores la copia al carbón del original mecanográfico de *Pedro Páramo*.

Para esta sección los editores decidieron dividir a su vez en tres apartados bien delimitados el producto de su esfuerzo. Julio Moguel se encargó de una presentación, que explica los apartados titulados como "Los traductores", "Las traducciones" y "Las intersecciones". En ésta desarrolla también un tema poco conocido pero de una enorme significación y que había empezado a circular desde la aparición de otro libro publicado por la Fundación Juan Rulfo y editado por Víctor Jiménez, Alberto Vital y Jorge Zepeda, el *Tríptico para Juan Rulfo*. En este libro aparece una versión de Rulfo de *Las Elegías de Duino* del poeta alemán Rainer Maria Rilke. Para esta transcreación, como podría llamarla el poeta brasileño Haroldo de Campos, Rulfo trabajó sobre dos traducciones previas del alemán a nuestra lengua. El resultado es asombroso, pues pone en evidencia lo que para muchos era solamente una sospecha: la obra de Rulfo no es otra cosa que poesía. El modo en que Rulfo encara su trabajo como escritor es más el de un poeta que el de un narrador. Esta intuición anteriormente esbozada por algunos escritores y criticada por otros se encuentra muy bien analizada en el trabajo titulado "Juan Rulfo frente a sus traducciones", de Víctor Jiménez, y del que me gustaría hablar más adelante.

Julio Moguel expone además en su presentación dos puntos de vista a considerar con respecto a la traducción en la obra de Rulfo. Por un lado la traducciones o transcreaciones que Rulfo realizó, y por el otro el de las traducciones de *Pedro Páramo* y el *Llano en llamas*. La separación es pertinente, pues aunque la primera no es tratada del todo en *Juan Rulfo: otras miradas* pone en contexto algunos elementos de la actividad de Rulfo como escritor. La mención de los "retales", esos cuentos breves que Rulfo seleccionó y perfeccionó para la revista *El cuento*, es fundamental para entender el origen de muchos de los procedimientos de la escritura rulfiana. El trabajo de Víctor Jiménez anteriormente mencionado se enfoca sobre este tema. Analiza con inteligencia y contextualizando la obra de Rulfo en México cómo se han cometido algunos malentendidos en relación al valor real de estos dos insuperables libros. Es todavía frecuente calificar a Rulfo como un escritor "rural", "indigenista", "regionalista", ligado históricamente a la Revolución Mexicana o a la guerra cristera. Sin embargo, un acercamiento más sutil y menos prejuicioso, menos simplista en su afán por meter todo en cajitas, demostraría lo contrario. Es sobre esto que Víctor Jiménez se extiende con seriedad y soltura. Me alegró mucho leer en este trabajo algo que desde mi pequeño rincón consideré muchas veces como un error. Me refiero al hecho comúnmente aceptado de repetir que los personajes de Rulfo hablan como la "gente". Sin embargo, yo ante este hecho contestaba que no era así, que ya quisiéramos hablar con la precisión, la hondura y la belleza con que lo hacen Juan Preciado o cualquier otro de los

narradores dentro de los libros de Rulfo. Resulta casi absurda esta aclaración, pero lo cierto es que en México al pobre de Juan Rulfo muy pocos le conceden que inventó un lenguaje que no es ni rural, ni regional, ni revolucionario, ni siquiera mexicano, sino más bien y sobre todo poético, y gracias ello universal. Es cierto que Rulfo utilizó el habla de algunas comunidades de México como base de su expresión, pero lo que articuló en realidad es un tejido de creación personal y por lo tanto único, y que consigue evadir toda burda representación. Se apoyó en ciertos ritmos y acentos, pero metió todo en un solo molcajete. Rulfo hizo literatura, la literatura de su tiempo, lo cual no es poca cosa, pues muchas veces desde los centros culturales hegemónicos esto no sucede. Consiguió, como bien señaló en distintas ocasiones el escritor argentino Juan José Saer, crear un idioma dentro del idioma.

El tercer apartado de la segunda sección de *Juan Rulfo: otras miradas*, "Las intersecciones", contiene trabajos que relacionan la obra de Rulfo con otras experiencias literarias como las de Guimarães Rosa o las obras de teatro noh del Japón. Creo que el trabajo de Paulo Moreira señala puntos de coincidencia interesantes, como el hecho de que tanto Rulfo como Guimarães Rosa utilizaron los recursos literarios, las formas expresivas más avanzadas de su momento histórico.

La última parte del libro es un apéndice con un cuadro muy útil para los investigadores sobre las traducciones publicadas y registradas por la Fundación Juan Rulfo. También se agregan las portadas de muchas de estas traducciones. Y es sin duda impresionante corroborar lo que tan bien expresó el poeta peruano Emilio Adolfo Westphalen: la poesía transita por vías soterradas. Digo esto debido a que la obra de Rulfo, como señala Víctor Jiménez en su trabajo citado en párrafos anteriores, es la que posee el número más grande de versiones en otras lenguas. Este hecho singular se debe vergonzantemente más a las iniciativas exteriores que al impulso de las instituciones culturales y políticas de México. En una situación como ésta se encuentra también el poema-libro *Migraciones* de Gloria Gervitz, recientemente traducido y publicado en Suecia. Espero que esta obra relevante no corra la misma suerte rastrera a la que Rulfo se vio sometido.

Antes de terminar, quisiera agregar algo más sobre el trabajo de la traducción y en referencia a *Juan Rulfo: otras miradas*. Traducir es sin duda una de las piedras de toque del desarrollo de una literatura. Los problemas en torno a este trabajo delicado producen, en el ambiente en que se plantean, modificaciones sustanciales en los textos que ahí se escriben. Ezra Pound decía que cada periodo histórico de creación literaria relevante venía antecedido por un momento concentrado de buenas traducciones. Si tomamos en cuenta esta idea, la segunda parte *Juan Rulfo: otras miradas*, cumple una función sustancial y poco frecuente en nuestro país, pues ordena y pone a la mano una serie de materiales que leídos con una mirada más amplia se constituyen como una suma de poéticas de la traducción, que podrían ser muy útiles para escritores y traductores mexicanos. Las dificultades de la traducción de *Pedro Páramo* y *El Llano en llamas*, sin olvidar tampoco *El gallo de oro*, los *Cuadernos* y otros textos de Rulfo menos conocidos, sopesadas y contrastadas, exponen las sutilezas de un oficio arduo y complejo, que en muchas ocasiones soslaya la reflexión.